

Autor: Abilio Ayuso

EL ABUELO

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



Si a unos jóvenes de hoy en día, de los que llaman millenials, se les pidiera estar un tiempo sin conexión a Internet ni aparato electrónico alguno ¿cuánto aguantarían?

A Ernesto curiosamente le llamaban El Abuelo, a pesar de que nunca había sido padre y por tanto no tenía nietos directos, lo más parecido eran los hijos de sus sobrinos, pero al haber fallecido por una u otra causa todos sus hermanos, el único abuelo que quedaba en la familia era él.

De todas formas, esta denominación no tenía el matiz afectuoso que existe en otras familias sino más bien despectivo, como refiriéndose a alguien caduco e inservible.

El motivo podía ser que no había muy buena química entre él y sus sobrinos, sin que ninguna de las partes hubiera efectuado ningún esfuerzo por mejorar la situación y eso sucedía con absolutamente todos, a pesar de que eran una verdadera tribu.

Sus seis hermanos habían tenido un total de quince hijos los cuales a su vez sumaban la cantidad de treinta y seis vástagos de entre quince y treinta años.

El distanciamiento fue gradual, ninguna felicitación por Navidad ni cumpleaños, luego uno de los sobrinos dejó de invitarle a su boda, lo cual abrió la veda, los otros siete que se casaron seguidamente tampoco lo hicieron y menos aún los sobrinos nietos que contrajeron nupcias, tampoco ni unos ni otros le comunicaron si habían tenido algún hijo.

Casi ni podía recordar cuanto tiempo hacía que no recibía visitas familiares. En la época en que sus hermanos aún tenían buena salud y ánimos excusas no faltaban: “A quien se le ocurre vivir en una isla en mitad de un lago, no puedes decir: - Nos acercaremos ya que pasamos cerca - porque a la orilla sólo se puede llegar en todo terreno y luego esperar que te recoja el barquero, que si no está avisado con días de antelación ni lo ves, ni siquiera sé cómo recibe el correo”.

Efectivamente, él vivía en su isla, en un antiguo convento que había restaurado y adaptado como vivienda, agua no le faltaba, la electricidad... entre los paneles solares y un generador estaba solucionada y los bosques propios y de las orillas de alrededor proporcionaban al limpiarlos la suficiente biomasa como para caldear toda la edificación.

Le acompañaba un matrimonio, él era barquero leñador y mozo para todo, ella cocinera y ama de llaves, completaba el grupo una enfermera quiromasajista de la que se decía que era bastante más que eso.

En aquel mes de abril de 2020 toda su familia recibió copia de una carta que sin pelos en la lengua decía: “A pesar de ser un superviviente, gracias sobre todo a mi sano estilo de vida, no creo haber descubierto la inmortalidad, por tanto, debo pensar en mi testamento.

Como mis sobrinos hace tiempo que pasáis de mí, quedáis totalmente excluidos, así como vuestros hijos de más de veintidós años que seguro que han realizado viajes

para ver actuar a su conjunto preferido o la final de un partido de fútbol, pero nunca se han preocupado de visitar al último dinosaurio de su familia.

Presumo que los menores de esa edad no han tenido libertad ni autonomía para ejercer sus deseos y por tanto les exculpo.

Pero como no puedo dejar mi herencia a unos desconocidos les invito a que vengan a visitarme al finalizar las clases en junio durante el tiempo que deseen.

Normas: (1) No pueden venir acompañados de mamás, papás, novios, Etc. aquí no necesitan protección ya que no corren ningún riesgo, salvo las tonterías que puedan hacer ellos mismos.

(2) Tendréis que mandarme por correo postal con un mes de antelación un mínimo currículum con fotografía incluida para que yo sepa quien, como y cuando viene.

(3) Aunque evidentemente lo desconocéis, en los últimos años he desarrollado una alergia y consecuentemente fobia a todo tipo de aparatos electrónicos, incluyendo móviles, relojes, ordenadores, calculadoras Etc., por tanto, ninguno de estos cacharros puede entrar en mi isla, aunque tampoco serviría de gran cosa ya que aquí no hay cobertura. Sólo existe un teléfono fijo en una cabaña apartada que únicamente puede comunicar con teléfonos fijos.

(4) En la isla no existen ni pueden entrar bebidas alcohólicas, ni tabaco, ni por supuesto ningún estupefaciente, tampoco se permiten comidas fuera de horario, para que no cunda el caos las horas de dormir y levantarse serán fijas para todos y la higiene en forma de ducha diaria obligatoria.

(5) Pueden quedarse el tiempo que deseen, pero mientras estén aquí deben respetar unas ciertas normas de educación y convivencia, quien no lo haga será inmediatamente llevado a un punto donde el transporte público le pueda devolver a su casa.

Aquellos que considere dignos los nombraré mis herederos, aunque no me comprometo a nada, si no encuentro ninguno lo legaré todo a la Sociedad Protectora de Animales”.

La noticia causó un verdadero revuelo, ¿Qué se había creído aquel viejo chocho con sus exigencias?, por supuesto mi hijo no irá, decían unos y otros.

Pero, aunque ninguna de aquellas familias era pobre, el tufillo del dinero es muy poderoso, nadie sabía cuánto podía atesorar aquel vejancón. Unos se enteraban de que los otros habían dado marcha atrás con alguna excusa: “Es que el niño tiene curiosidad y quiere ir, por mí se podía meter su dinero por el culo pero ya sabes cómo son los chicos de hoy”, y eso les motivaba para apuntar también a sus hijos al evento.

Finalmente, de los dieciséis candidatos dos de ellos de entre los más mayores se negaron en redondo a acudir a un lugar donde estarían totalmente incomunicados, alegando a sus padres que total, cómo va el hermano pequeño ya chuparéis del bote.

Los catorce restantes se apuntaron. Finalmente decidieron hacer el viaje todos juntos, tres todo terreno les esperaban en la estación para dejarles en la orilla del lago.

En el embarcadero les aguardaban dos guardias de seguridad, hombre y mujer, que les fueron cacheando, detectando y requisando todo aparatito que quisieran colar, así como tabaco, mecheros, bebidas alcohólicas y hasta revistas porno.

Seguidamente el barquero, una mezcla de oso y gladiador, los pasó a la otra orilla, pero el equipaje viajaba aparte y cuando lo recibieron se dieron cuenta de que había recibido el mismo tratamiento y que por ejemplo la botella de Coca-Cola que en realidad contenía ron había sido sustituida por una auténtica, los pastelitos de marihuana habían desaparecido y aquel móvil astutamente escondido entre el hueco fabricado de las páginas de un libro también.

La segunda sorpresa fue el propio abuelo, dado que nadie de la familia lo había visto en treinta años se esperaban un viejecito en una silla de ruedas y se encontraron con un ochentón alto, fornido y musculado vistiendo tejano y camisa de leñador que dejaba al descubierto parte de su pelambrera pectoral, completaba el cuadro una melena y barba blanquísimas que le daban un majestuoso aspecto de león albino.

Les dio un sólido apretón de manos a ellos y un par de sonoros besos a las chicas, para comenzar seguidamente su discurso: “Bueno chavales, ante todo bienvenidos a mi casa, Marta la cocinera os ha preparado habitaciones para dormir de dos en dos, encontraréis vuestro equipaje en ellas, no se admiten cambios, evidentemente no hay parejas mixtas, ¿Alguna pregunta?”.

Silencio total.

“Bien, pues continúo: En esta casa hay unas normas insoslayables, al que no le gusten puede marcharse ahora mismo, igual que en cualquier otro momento, solo tenéis que pedírselo a Pedro el barquero y él os conducirá a la civilización, ¿Queda claro?”.

Más silencio.

“Primera norma: Hay un horario lógico para todo, a las siete de la mañana os despertará la luz del día y para ayudaros un concierto de arpa que os dará Magdalena, mi enfermera”.

“¿Entonces hay altavoces en las habitaciones?, pensábamos que no soportabas ningún cacharro electrónico en tu casa”.

“Nada de altavoces listo, vuestras habitaciones son las antiguas celdas del monasterio y tienen una estructura acústica que las conecta con lo que era la nave de la iglesia, esto estaba diseñado para que los monjes oyeran las llamadas a los rezos”.

“Aaaa, vale”.

“Si no hay más preguntas sigo: Cada habitación posee un cuarto de baño completo y la higiene es obligatoria en forma de ducha matinal, también es obligatorio hacer las camas y ordenar la habitación, aquí hay gente que me ayuda, pero no criados”.

“Hostia, casi no me ducho en casa y he de hacerlo en culo del mundo”.

“Tal como he dicho antes, sino te gusta puedes pedir a Pedro que te acompañe a la estación del tren”.

“Más cosas: hay un horario para las comidas, desayuno, almuerzo de medio día y cena, la alimentación es saludable y adecuada a vuestra edad, estructura, peso y al ejercicio que hayáis realizado cada día, a cada uno se le servirá en su plato y nada de intercambios, a quien no le guste algo que se lo deje, aquí no existen los picoteos fuera de las comidas, quien tenga sed puede beber agua de cualquier grifo, es sanísima”.

Una de las chicas comentó: “Me ha parecido ver que las habitaciones no tienen cortinas ni persianas, si nos cambiamos de ropa pueden vernos desde fuera”.

“Efectivamente, no hay nada que vele la luz del día, pero nadie os verá, primero porque durante el día los cristales reflejan, segundo porque dada la situación de la casa sobre una colina tendríais que estar junto a la ventana para que os vieran y tercero porque nadie saldrá a fisgonear de noche”.

“¿Como sabemos que los chicos no lo harán?”.

“Porque de noche todas las habitaciones estarán cerradas por fuera con esos enormes pestillos que habéis podido ver”.

“¿Estaremos encerrados?”.

“Por vuestra propia seguridad y por la de todos, pero dentro de la habitación hay lavabo completo, el agua del grifo es perfecta y si alguien tiene algún problema o se encuentra mal sólo tiene que estirar de la cinta que hay junto a la cama y la enfermera acudirá a ver que os pasa”.

Un jovenzuelo malcarado añadió: “Pues yo no quiero estar encerrado”.

“Ningún problema, solo tienes que pedirle a Pedro que te devuelva.

Pero continuemos: Vuestras familias ya están avisadas de que habéis llegado bien, hay un teléfono fijo en una cabaña al otro lado de la isla, pero sólo funciona de 20 a 22 horas, es decir entre el final de la cena y la hora de acostarse, las llamadas sólo pueden durar tres minutos, al cabo de ese tiempo la línea se corta y no permite repetir llamada al mismo número hasta el día siguiente, Pedro acompañará después de la cena a los que quieran llamar”.

“Pero con tres minutos no da tiempo a decir nada”.

“En tres minutos se puede decir cualquier cosa importante, como: -Me he caído a un barranco, pero estoy bien, sólo se me han roto las gafas, mandarme otras-. Para las chorradas ya tendréis tiempo cuando volváis a casa, así que continúo: La programación del día es obligatoria para todos sin excepción, por la mañana consistirá en algún tipo de ejercicio relacionado con la naturaleza, excursiones, piragüismo, montañismo, avistamiento de animales, visita de grutas, Etc.”.

“¿Y por la tarde?”.

“Por la tarde podéis escoger: En la sala de la biblioteca, además de una colección de libros fabulosa hay fútbol, billar, tenis de mesa y una extensa colección de juegos como ajedrez, damas, parchís, Etc.”.

“¿Y cartas de póker?”.

“Pues... no, además está completamente prohibido apostar, y hablando de eso, os pasaré unos sobres, meter en ellos vuestra documentación, cualquier objeto de valor y absolutamente todo el dinero que llevéis, poner vuestro nombre, hacer una relación en el propio sobre y dárselo a Magdalena que lo guardará en la caja fuerte, así no habrá el problema de: Yo tenía, o me falta...”.

“Joder, esto es como el ejército”.

“Chaval, si te pasaras un par de añitos en el ejército, como he estado yo, y volvieras aquí, esto te parecería el paraíso, y ya que lo mencionas pues -rompan filas- tenéis cuarenta minutos antes de la cena para organizar vuestras cosas en la habitación o hacer lo que os venga en gana, la cena es a las siete en punto, os espero a esa hora en el comedor”.

“Pues en mi casa cenamos a las diez”.

“Por si no te has dado cuenta esto no es tu casa”.

Los que llegaron primero al inmenso comedor vieron que el abuelo ya se encontraba presidiendo la enorme mesa apta para acomodar a veinte personas, cuando sonaron

las siete campanadas en el majestuoso reloj de pesas Pedro recorrió las habitaciones sacando a empujones a los rezagados, cuando llegaron a la sala oyeron al abuelo que sentenciaba: “Aquí la falta de puntualidad se considera ofensiva, los que lleguéis tarde perderéis algún que otro privilegio, hoy mismo, por ejemplo, no podréis escoger el postre y seréis los últimos en poder usar el teléfono”.

Cuando estuvieron todos sentados Marta, la cocinera, apareció con un carrito en la que había dos enormes soperas, las colocó en ambos lados de la mesa y Magdalena y ella fueron sirviendo, en principio al Abuelo y a Pedro que presidía el otro extremo de la mesa y después a todos los chicos.

Los comentarios no se hicieron esperar: “Hostia sopa”, “Y además de pescado”, “Abuelo... ¿No hay otra cosa?”.

“Pues la verdad es que no, pero si os dejáis de idioteces y la probáis veréis que está deliciosa”.

Realmente era cierto, Marta se había esmerado y sólo el olor que exhalaba ya invitaba a probarla, al final hasta los más reticentes la probaron, aunque algunos por una mal entendida dignidad se dejaron una parte, mientras que otros pidieron repetir.

El segundo era pechuga de pollo en salsa acompañada de patatas y verduras mitad por mitad, en este caso todos se dejaron de tonterías y los platos quedaron vacíos, en ese momento pasó Marta preguntando si preferían yogur o flan, excepto a los rezagados a los que directamente asignó una manzana.

Alguno que intentó levantarse anticipadamente de la mesa fue detenido con una frase cortante del abuelo: “Nos levantaremos a la vez cuando hayamos acabado todos”.

“Ahora, cuando me levanto yo se levanta la mesa, tenéis cinco minutos para lavaros los dientes y bajar a la biblioteca, es tiempo de cultura o conversación o telefonar, no está permitido permanecer en las habitaciones”.

De los catorce sólo ocho decidieron usar el teléfono, pero no les resultó una experiencia satisfactoria, la cabaña estaba situada al otro lado de la isla y se llegaba por un penoso sendero que había que recorrer entre la neblina nocturna iluminándose con linternas, el teléfono era un auricular con disco de marcar incluido, lo cual sorprendió a más de uno que solo había visto discos de marcar en fotos antiguas.

Pero lo realmente asombroso es que estaba integrado en un bloque de metal de cinco kilos de peso colgado de la pared mediante una cadena, era incomodísimo hablar en pie mientras se sostenía aquel pesado huevo metálico que carecía de agarradero alguno, además, tal como había anunciado el abuelo las llamadas se cortaban a los tres minutos exactos, por todo ello no regresaron muy radiantes de su excursión

telefónica, días después sólo los más recalcitrantes acudían a llamar, salvo alguno que quisiera comunicar a sus padres que regresaba.

En las dos horas antes de dormir los muchachos se apuntaron casi todos a jugar al fútbol o al billar, excepto Marcos que escogió un libro de filosofía de la biblioteca y se arrellanó en un sofá a leerlo sin preocuparse de las pullas que le dirigían sus colegas del estilo: “Mira ese listo”, “No te hagas el interesante que sabemos que eres tonto”.

Aquella noche transcurrió sin sucesos dignos de mención, excepto cuando dos de los más gamberroides comentaron lo buena que estaba la enfermera y decidieron llamarla estirando la banda de tela, para su sorpresa el que apareció fue el barquero que con cara de pocos amigos les preguntó: “¿Que leches os pasa?”.

Unas risitas y la respuesta: “Es que estamos un poco acalorados y queríamos saber si la enfermera tenía algún remedio”.

Pedro contestó: “Tranquilos que yo os lo arreglo” mientras abría de par en par el ventanal fijándolo de tal manera a la pared con un par de gruesos candados que era imposible cerrarlo sin tener la llave.

Al acabar sentenció: “Y la próxima chorrada se resolverá con ducha de agua helada”.

Aquella noche tuvieron que dormir vestidos y tapados con todo lo que tenían ya que, aunque era verano el aire nocturno proveniente de la montaña en aquella altura soplaba helado, no se les ocurrió repetir la jugada.

El día siguiente amaneció radiante, después de un sustancioso desayuno todos recibieron una mochilita con un par de bocadillos, algunos frutos secos y dos piezas de fruta al que preguntó por qué le llegó la respuesta de inmediato: “Hay que aprovechar el día, no siempre amanecerá tan despejado”.

Cruzaron valles preciosos, vieron cascadas impresionantes, avistaron ciervos y águilas, la excursión fue magnífica, aunque no todos lo apreciaron, cuando alguien decía que estaba muy cansado el abuelo respondía: “Si un vejaruco como yo puede ¿Cómo no vais a poder vosotros que sois tan jóvenes?”.

Al regresar nadie pensó que cenaban demasiado pronto ni puso objeciones a la sopa de pollo y las costillas de cordero con patatas, después de la cena hubo quien se quedó dormido en uno de los confortables sofás y hubo que despertarle para ir a dormir.

Al día siguiente, para compensar, la excursión consistió en recorrer el lago en piragua, tuvieron la suerte de ver en una de las orillas una osa con su cría que no les

hizo ningún caso, en esta ocasión regresaron a comer al monasterio y la tarde se les hizo más larga de lo deseable.

Una de las chicas le dijo: “Abuelo... esto está un poco soso, si por lo menos tuviéramos música”.

Catorce miradas expectantes se giraron cuando el abuelo contestó: “¿Y quién ha dicho que no tenemos?... Seguirme a la sala de música”.

Les hizo subir a una bohardilla preciosamente decorada, con ventanales bajos y claraboyas en el tejado presidida por un majestuoso piano, las paredes contenían vitrinas con toda clase de instrumentos musicales, completaban el cuadro una serie de sofás, pubs y grandes cojines dispuestos para un supuesto público.

Pasada la primera sorpresa llegaron las quejas: “Hostia... yo no quería decir esto”, “Estos cacharros no suenan solos”.

“A ver zangarruzos... ¿Me vais a decir que entre los catorce no hay uno sólo que sepa tocar un puñetero instrumento?”.

“Yo empecé algo de guitarra, pero con los estudios lo dejé”, “Si por lo menos tuvieras una batería”.

“Si quieres Marta te puede prestar una cacerola y dos cucharones, pero te vas a golpearlos a la otra punta de la isla, anda Magdalena toma el violín y dales una demostración a estos macacos, pero ojo, que la asistencia no es obligatoria, el que quiera puede ir a jugar a la biblioteca”.

Magdalena hizo una verdadera exhibición de virtuosismo, luego el abuelo demostró su habilidad al piano y que aún conservaba la voz interpretando algunas piezas de Jazz a las que acabó uniéndose Magdalena con su bella voz.

A pesar de que el concierto valía la pena algunos de los chicos se hicieron un par de señas y fueron saliendo de la estancia uno detrás de otro hasta que sólo quedaron las chicas y Marcos.

La tarde del día siguiente, el abuelo escuchó las voces de una chica que en tono airado gritaba: “He dicho que me dejéis pasar”, llegó hasta al rincón del pasillo en completo silencio y a más velocidad de la que podría esperarse en un hombre de su edad. Allí descubrió a tres de los muchachos que tenían acorralada a una de las chicas mientras intentaban toquetearla esquivando las patadas que ella les lanzaba.

Agarró a un par por el pescuezo, los llevó a empujones hasta la sala y mandó a Pedro a buscar al tercero que intentaba escabullirse, delante de todos les dijo: “Aquí estas

guarradas se pagan, vuestro castigo será traer un pedazo de leña para la chimenea. ¡En marcha!, acompáñame Pedro”.

Llegaron al embarcadero y subieron los cinco en una de las barcas, aunque los chicos no iban muy contentos pensaban que, al fin y al cabo, acarrear un leño no era un castigo importante.

Desembarcaron en una zona completamente salvaje para contemplar con estupor como el abuelo lanzaba a tierra tres chalecos salvavidas y mientras comenzaba a remar de regreso les gritaba: “Y no volváis sin la leña o regresaréis a buscarla”.

Uno de ellos gritó en plan histérico: “¡¡¡Pero no puedes dejarnos aquí!!!, ¿Cómo vamos a volver?”.

“Nadando, por supuesto, así se os enfriarán los ánimos, y no tardéis porque la osa que vimos el otro día estará buscando carne para alimentar a sus cachorros”.

Cuando al cabo de una hora regresaron parecían perros apaleados y mojados, su imagen era patética tiritando de frío y con los leños en la mano.

El abuelo les dijo con una sonrisa socarrona: “No son una maravilla de maderos, pero por hoy valen, echarlos en la chimenea, luego secaros y cambiaros de ropa, Marta os ha preparado un caldo caliente”.

Una de las cosas que más le dolió al trío de acosadores fueron las risas del resto del grupo y que en los siguientes días acostumbraba a oírse alguna voz que cantaba: “Leñadooooor, que recoges leña con amooooor”.

A partir de aquel incidente nadie osó molestar a las chicas, entre otras cosas porque en un momento dado el abuelo le dejó caer a Pedro: “Pues lo de estos aún ha sido leve, a los siguientes los dejaremos en la orilla más alejada”.

En los próximos días no ocurrió ningún suceso especial en el convento, sólo algunos gestos de hastío, principalmente por parte de los muchachos, sin embargo, el ambiente se fue poniendo tenso, sobre todo entre alguno de los chicos que cuando nadie les prestaba atención intercambiaban quejas sobre aquel retiro: “Seguro que la muy zorra me está poniendo los cuernos, y yo aquí que no me entero de nada”.

“Es verdad, podría haber un terremoto que se cargara medio mundo y nosotros en Babia”.

Si, y encima, como todos saben que estamos aquí, nos estarán poniendo de gilipollas y nosotros sin poder contestar ni pio”.

En un momento dado la tensión se manifestó con una pelea a puñetazos entre dos de los muchachos que fueron separados violentamente por Pedro y el abuelo que, aunque viejo les doblaba en fuerza y envergadura, así se vieron oprimidos contra una pared mientras el abuelo les decía: “Este no es lugar ni forma para una disputa, si queréis pelear venir conmigo, y los demás acompañarnos”.

La comitiva llegó a un cobertizo donde para sorpresa de los contendientes el abuelo le entregó un hacha a cada uno para luego hacer rodar un par de enormes troncos y decirles: “El que corte el tronco primero tenía razón, el otro es un gilipollas”.

Uno de ellos miró al contrincante con ira y descargó un hachazo con furia, el otro no quiso quedarse atrás y le imitó con redoblada fuerza, los presentes tomaron asiento en las balas de paja o en el simple suelo de madera para contemplar la partida.

Pero aquellos troncos de más de medio metro de grueso no estaban dispuestos a dejarse cortar fácilmente, y más por manos inexpertas acostumbradas sólo a manejar teclados, al cabo de media hora, con las manos enrojecidas y chorreando sudor, uno de ellos, viendo la tarea que aún le quedaba por delante dijo con voz vacilante: “Yo... creo que lo dejo”.

A lo que el abuelo preguntó al otro: “¿Y tú... Lo acabas de cortar?”.

“Pienso que tampoco”.

“Entonces está claro: Los dos sois gilipollas, ahora ir a que Magdalena os ponga alguna pomada en esas manos que sino mañana no podréis ni limpiaros el culo”.

En esta ocasión fue el dúo peleante quien tuvo que escuchar la canción del leñador de parte de alguna voz anónima.

La cosa acabó de explotar cuando uno de los que todavía acudía a telefonar volvió con noticias frescas: “¿Sabéis que me ha dicho mi hermano?, que somos el cachondeo de la red, nos están haciendo memes y dicen que como nos aburrimos nos dedicamos a darnos por culo unos a otros”.

“Hostia, y yo sin poder cagarme en su puta madre, mañana llamo a un par de colegas a ver que me cuentan”.

Al día siguiente cuando regresó de la cabina telefónica el chaval llevaba cara de perro apaleado y no traía buenas noticias: “Tíos, no se vosotros, pero yo no podré volver a la disco en años”.

“¿Porque, qué coño pasa?”.

“En tres minutos no da mucho tiempo para explicar, pero se ve que somos el cachondeo general”.

“Pues yo hablé hace dos días con mi novia y no me dijo nada”.

“Porque se estará follando a otro, so pringao”.

“¿Y qué te piensas que hará la tuya... Rezar el rosario?”.

“Somos todos unos pringaos, yo no aguanto más”.

“Yo tampoco, ¿Sabéis que...?, mañana me piro”.

“¿Y la herencia tío?, si me largo por la cara mis padres me matan”.

“No nos iremos por la cara, quedaremos como señores diciendo que nos ha encantado conocerle y ver su casa pero que nos han quedado asignaturas pendientes y tenemos que estudiar”.

Así lo hicieron y a la mañana siguiente cuatro de los muchachos recibían tanto las pertenencias declaradas como las confiscadas y partían rumbo a la civilización.

Otros cuatro aguantaron una semana más, al cabo de la cual pidieron ser repatriados, quedaron Marcos y las cinco chicas que, aunque estuvieran cabreadas igual que los muchachos eran más listas y estaban convencidas de que quienes aguantaran tendrían más posibilidades con respecto a la herencia.

Tenían montado una especie de concurso para ver quien le hacía más zalamerías y cucamonas al abuelo, pero no eran tan buenas actrices como pensaban y se les notaba la hipocresía. Marcos se mantenía completamente al margen de aquella competición.

Un detalle que las dejó muy satisfechas fue cuando el abuelo la primera noche dijo: “Doy por hecho que el grupo que ha quedado tiene más sentido común que el anterior y por tanto no será necesario cerrar las habitaciones por fuera”.

A lo que una de ellas añadió con aire de burla: “¿Y si Marcos entra en nuestras habitaciones para abusar de nosotras?”.

Otra riendo contestó: “Más fácil sería que abusáramos nosotras de él”.

Fue al cabo de un mes cuando estando las chicas a solas decidieron que si se marchaban todas juntas nadie tendría ventaja, Marcos las escuchaba sin dejar de leer uno de los fabulosos libros de la biblioteca del abuelo.

Al día siguiente, las nenas en plan zalamero e hipocritón le dijeron al abuelo que lo habían pasado estupendamente pero que ahora debían marcharse todos para atender sus obligaciones y estudios y que sus padres ya las echaban de menos.

Para su sorpresa el abuelo preguntó: “Marcos: ¿Tú también te marchas?”.

“¿Eeee?, no, yo ya dejé lo de los estudios arreglado y no me espera nadie, aquí estoy bien”.

La más resabiada se encaró con él diciéndole: “A ver guapo... ayer quedamos que nos íbamos todos juntos y hoy das marcha atrás”.

“No, en realidad sólo hablasteis vosotras, yo leía un libro y no abrí boca”.

El abuelo cortó secamente la disputa diciendo: “Chicas, creo que os habéis confundido pensando que el muchacho porque sea tímido y retraído no tiene carácter y hará lo que vosotras digáis, pero ya veis que estáis muy equivocadas, no hay problema, vosotras os marcháis y él se queda lo que le dé la gana, venga prepararos que Pedro os lleva a la estación”.

Por el camino comentaban entre ellas: “¿Tú crees que se ha quedado para jodernos la herencia?”.

“Que va, si es tonto, se queda porque no tiene donde ir ni tiene amigos ni nada, pero no tiene posibilidades porque es un soso, al final el abuelo se hartará y le dirá que se largue, con la de fiestas y tonterías que le hemos hecho al viejo lo tenemos ganado”.

Aquel mediodía la comida fue especial, en lugar del salón utilizaron la confortable mesa de la cocina que para los cinco resultaba sobrada, el abuelo subió de la bodega trayendo un par de botellas de un gran reserva y sirviendo a todos.

Ante el asombro de Marcos le dijo: “Bebe tranquilamente, es de una calidad exquisita y no te hará ningún daño sino abusas, ahora estamos en familia y todas las normas aplicadas para aquellos cabrones quedan abolidas, luego tomaremos café en la biblioteca y haremos planes”.

Aunque era verano, aquella tarde desapacible y la altitud del lugar propiciaron que el abuelo encendiera la enorme chimenea diciendo: “Además va bien porque se irá llevando el humo de mi pipa”.

“Ah, pero yo pensaba...”.

“¿Que aquí no se bebía ni fumaba ni nada?, aquí se hace de todo, pero con prudencia y por supuesto tú no fumarás, ahora cuéntame: ¿Que tal te encuentras en este convento?”.

“Mil veces mejor que en mi casa en un barrio de bloques de cemento. A mi padre aparte de su trabajo sólo le interesa el fútbol y poca cosa más, como a mí no me importa me mira como si fuera marica o algo así, mi hermano mayor es un incordio y mi madre con sus marujadas y sus programas de televisión basura ya tiene bastante”.

“¿Y no echas de menos a tus amigos o tu novia?”.

“Amigos... no tengo demasiados, aunque en los estudios saco matrícula de honor las habilidades sociales no son lo mío y en cuanto a novia... Ya me gustaría tener una”.

“Por supuesto, el que seas retraído y no demuestres demasiado tus sentimientos no quiere decir que no los tengas, posiblemente más profundos que aquellos gilipollones vociferantes, además un chico de tu edad debe tener las hormonas a tope, no te preocupes antes de dormir le diré a Magdalena que pase a hacerte un masaje relajante para que duermas mejor”.

Efectivamente, cinco minutos después de haberse retirado a su habitación, Marcos vio con cierto asombro que la bella Magdalena entraba en su habitación sin anunciarse vistiendo una bata de enfermera, pero más corta y desabrochada de lo normal y con una dulce sonrisa le decía: “Vamos a ver si arreglamos a este muchachito, quítate el pijama y tumbate de espaldas en la cama”.

Al ver que se dejaba puesto el pantalón le confirmó: “Cuando digo que te quites el pijama quiero decir todo, ¿Como crees que voy a trabajar el nervio ciático con el pantalón puesto?”.

El chico obedeció dócilmente, aunque rojo de vergüenza y ocultó el rostro en la almohada. El masaje de cervicales, hombros y columna fue de antología, lo bastante fuerte como para destensar sus músculos, pero no lo suficiente como para causar dolor.

Nueva dosis de vergüenza cuando subiendo desde los pies se recreó en sus glúteos y notó como le rozaba los testículos al trabajar sus ingles. Pero aquello no había hecho más que empezar porque inmediatamente después le dijo: “Venga, la vuelta”.

Ante el azoramiento del chico le repitió: “Que te pongas boca arriba y tranquilo, que no te voy a morder”.

Se volvió casi temblando y sin saber dónde mirar porque Magdalena se situó cabalgando sobre su vientre para masajearle el rostro con comodidad así que optó por cerrar los ojos y dejarse hacer.

Nueva tensión cuando las expertas manos fueron descendiendo desde el pecho hasta su vientre y sensación de alivio cuando al rozar su vello púbico se interrumpieron para desplazarse a sus pies.

Sin embargo, sus temores se confirmaron cuando el masaje fue trepando por sus piernas que le había obligado a abrir por completo, volviéndose cada vez más sensual a medida que subía, hasta el momento en que una mano acarició descaradamente sus testículos mientras otra tomaba con dulzura su pene enhiesto como un poste de telégrafos.

Fue entonces cuando el muchacho se medio incorporó profiriendo un gemido de sorpresa, pero ella le obligó dulcemente a estirarse besando sus labios y diciéndole: “Tranquilo que no te voy a hacer nada malo, sino todo lo contrario”.

Pocos movimientos bastaron para que descargara chorros de esperma mientras suspiraba y gemía, al acabar ella le limpió con una toallita húmeda para tumbarse luego a su lado, el chico venció su timidez para decirle: “Eres maravillosa”.

“¿No has estado nunca con una mujer?”.

“La verdad es que no, y no por falta de ganas”.

“Mañana por la noche arreglaremos eso”.

“¿Quieres decir que...?”.

“Quiero decir que vendré a esta misma hora, me desnudaré, me acostaré contigo y haremos el amor”.

“Dios mío”.

“¿Que no te gusta la idea?”.

“O sí, claro que sí”.

“Pues no se hable más, y ahora te dejo que por hoy ya has tenido bastante”.

El día siguiente estuvo plagado de sorpresas, poco después del desayuno se oyó el motor de un pequeño hidroavión que amerizaba junto a la isla, eso ocurrió más de una vez y las bellezas naturales a las que pudieron acceder mediante aquel transporte llenarían muchas páginas.

Pero la verdadera sorpresa fue cuando al atardecer, mientras descansaban en los sofás del salón el abuelo sacó, de no se sabe dónde un mando a distancia y al pulsarlo se

describió el fondo pintado de un enorme cuadro dejando a la vista una gran pantalla rodeada por el marco dorado, Marcos balbuceó: “¿Pero no eras alérgico a...?”.

“De lo que veas, la mitad creas muchacho, aquí tengo Internet y todo lo que quieras, antes de que te marches ya te mostraré como ponerte en contacto conmigo sin que nadie se entere, y ahora vamos a reír un rato”.

Lo que vieron fue un reportaje muy dinámico en que aparecían perfectamente remarcados toda clase de comentarios que habían efectuado los sobrinos nietos antes, durante y después de su estancia en la isla, aquello no tenía desperdicio: Las nenas que tan modositamente se habían comportado se dejaban ir en sus correos y vídeos diciendo: “Con las cucamonas que le hemos hecho al viejo chocho seguro que lo tenemos ganado, ahora alguna cartita de vez en cuando con alguna foto enseñando un poco de chicha para que se ponga cachondo y a ver si se muere pronto”.

Eso no era nada en comparación con las soeces expresiones de desprecio con que se habían referido al abuelo los otros siete varones.

Incluso los propios padres de Marcos al chatear con familiares y amigos habían comentado con anterioridad: “Bueno, mandaremos al chico para ver si pesca algo, pero con lo pasmado que es seguro que sus primos le pasan por delante, pero por probar...”.

Al final Marcos, salvando su natural timidez, no pudo por menos que preguntar: “Pero como coño te las has apañado para conseguir todo eso, lo que se habla aquí es fácil, tendrás microcámaras por todas partes, pero ¿Sus teléfonos y redes sociales?”.

“Muy sencillo, el hijo de un gran amigo mío trabaja en los servicios de inteligencia y tiene unos recursos que no puedes ni imaginar, en sus ratos libres se divierte haciendo encargos para gente de confianza como yo, que por supuesto cobra en efectivo, en cuanto supe quién iba a venir le pedí que espicara todas sus redes sociales”.

“Supongo que incluso las mías”.

“Por supuesto, así que antes de que vinierais ya sabía quién sería mi heredero”.

“Si, pero a mí me acabas de conocer, ¿Y la gente que cuida de ti?”.

“Ese pensamiento te honra, pero no te preocupes, ellos ya están bien cubiertos”.

Aquella noche Marcos temblaba como un flan al acostarse, pensó que se le saltaba el corazón del pecho cuando Magdalena entró en su habitación y le permitió ver su escultural cuerpo desnudo al quitarse la bata.

A lo largo de las siguientes noches ella le enseñó todo sobre el amor: Calma, relax, dulzura, pasión, ternura, le mostró como dar placer y recibirlo, era la mejor maestra que un muchacho virgen podía tener.

Cuando regresó a su mundo hacía gala de una seguridad en el trato con las chicas como nunca habría soñado, la mayoría de las de su edad le parecían sosas, infantiles y estúpidas. Durante el tiempo que permaneció en su ciudad fue amante de una profesora de gimnasia divorciada diez años mayor que él, pero fue tal su discreción que nunca nadie llegó a enterarse.

Marcos apuró los tres meses de vacaciones escolares en casa del abuelo, a los padres no les importó en absoluto, incluso pensaban que era un gasto menos no tener que dar de comer al chico.

Al regresar, toda la familia le acosó a preguntas acerca del mes y medio que había pasado sólo. Él respondió sin dar ninguna importancia: “Lo normal, excursiones por la mañana, por la tarde leer libros o alguna partida de ajedrez”.

“Lo que imaginábamos, una sosada”.

“Bueno... Se está muy tranquilo, el aire es muy sano y la comida muy buena”.

“Si, claro, como eres una rata de biblioteca ya te va eso, con un plato de comida y un libro para leer tienes suficiente, si nosotros continuamos cuatro días más allí nos da un ataque de nervios, y el viejo: ¿No habló de la herencia?”.

“Que va, nunca habla de esas cosas”.

“Ya, el cabrón querrá mantenernos en vilo hasta que se muera, pero no te hagas ilusiones, las chicas dicen que lo tienen muy acaramelado”.

“Si, ya me lo imagino, ellas saben cómo tratarle”.

A sus padres tampoco les importó que más adelante pasara allí las vacaciones de invierno, incluso el padre comentó: “Como es tan soso ni se notará su ausencia en las navidades, además su hermano traerá su novia cachonda y seremos cuatro igual”.

En aquella ocasión el abuelo se superó y pasada la celebración de Navidad vino el regalo: Una semana con Magdalena en una preciosa estación de esquí con un curso intensivo que le proporcionaría ella misma, cuando vino el hidroavión a recogerlos, a la pregunta de: “¿Y tú no vienes?”, el abuelo respondió: “Hay una edad para cada cosa, además yo ya tengo a Magdalena conmigo casi todo el resto del año”.

La ventaja de estar en un lugar donde se supone que no existe la comunicación instantánea ni hay opción a visitas inesperadas es que nadie te puede telefonar ni

mandar mensajes ni preguntar nada, por tanto ni sus propios padres llegaron a saber que su hijo había estado en un hotel de lujo acompañado de una bella mujer, por otro lado las posibilidades de que en aquel lugar encontraran algún conocido eran muy remotas ya que su familia no se movía en aquellos ambientes.

Al acabar el curso escolar, las excelentes notas de Marcos le daban opción a disfrutar de una beca y escoger universidad, pero a su padre no le parecía suficiente y le dijo: “Eso está muy bien, pero a tu edad yo hacía años que me ganaba la vida, ya tengo bastante con pagar la universidad de tu hermano, así que si quieres seguir estudiando piensa en encontrar un trabajo para ser autosuficiente”.

Marcos ya sabía que no era el favorito de su padre, aunque el hermano mayor no era brillante en sus estudios, jugaba en el equipo local de baloncesto y era el ojito derecho de su papá que lo consideraba todo un machote. Pero aquella discriminación le acabó de decepcionar. Por otro lado, su madre no quiso complicarse la vida y no entró en la polémica.

Aquella misma tarde se puso en contacto con el abuelo que le dijo: “Ni te preocupes, escoge la carrera y la universidad en la ciudad que prefieras, busca un apartamento bien situado y confortable, yo ya te proporcionaré el trabajo y el sueldo que necesitas”.

“Pero abuelo, la carrera no será sencilla y no sé si podré compaginarla con un trabajo a jornada completa”.

“Inocentón, el trabajo será solo teórico, te contratará una empresa de la que poseo el control para realizar estudios informáticos on-line, y ¿Quién coño sabrá si los realizas o no?”.

A partir de ahí Marcos se fue despegando cada vez más de su familia y manteniéndose más unido a su tío-abuelo, el sueldo que le pagaban se adaptaba a sus necesidades para que pudiera tener vehículo propio, vestir bien y pagarse unas vacaciones, aunque las que él prefería eran en casa de su abuelo”.

Al acabar la carrera no le costó encontrar un trabajo auténtico con el que se ganaba muy bien la vida. El olorcillo del dinero y una buena posición social no tardaron en atraer algunas de las chicas de su entorno universitario.

Pero Marcos sabía que no existe mejor defensa que el ser consciente de las propias debilidades y en las asignaturas de picardía y astucia hubiera suspendido siempre, por tanto, cuando comenzaba a salir con alguna muchacha procuraba pasarle todos los datos posibles al abuelo para que el “hijo de su amigo” espiara todas sus redes sociales e incluso llamadas telefónicas.

Con ello se llevó un par de buenos disgustos cuando supo lo que dos de sus primeras novias opinaban en realidad de él, cuando cortaba con ellas explicándoles sin pelos en la lengua el porqué, pero sin detallar como lo había averiguado se quedaban pensando quien sería la zorra de amiga o amigo que se había ido de la lengua.

Dicen que a la tercera va la vencida, en su caso se cumplió y por fin conoció a una buena muchacha con la que compartir su vida, cuando estuvo seguro de ella la llevó a la isla a conocer al abuelo, aunque por supuesto nunca le comentó sus anteriores relaciones con Magdalena.

Marcos se distanció de su familia tanto física como emotivamente y nunca les comentó que visitaba al abuelo con asiduidad e incluso pasaba temporadas con él. Los otros sobrinos sólo le enviaban alguna postal por Navidad o su cumpleaños, pero jamás volvieron a visitarle.

El tiempo pasó y el abuelo fue envejeciendo hasta que murió a los noventa y cinco años para desesperación de los que esperaban la herencia con anterioridad, el notario convocó a los catorce que en su día habían acudido a la isla para la lectura del testamento, fue la segunda vez que se reunían en quince años.

Aparecieron algunas sonrisas cuando el notario anunció que la herencia del abuelo se repartía entre los catorce por igual, los cuatro que habían marchado primero del convento pensaron en lo estúpidos que habían sido el resto quedándose más tiempo, mientras que las chicas ponían cara de mal humor viendo lo poco que había servido su teatro.

Pero las expresiones se tornaron en pasmo cuando prosiguió diciendo que como sus inversiones últimamente no habían funcionado bien, una vez deducidos los impuestos apenas le quedaría a cada uno lo suficiente para pasar un buen fin de semana, por otro lado la propiedad de la isla con el convento estaba hipotecada y había dispuesto que pasaría a pertenecer en exclusiva al que de ellos quisiera pagar la hipoteca.

Nadie se ofreció a ello, excepto Marcos, de quien todos comentaron más tarde que era realmente tonto por gastarse el dinero y tal vez arruinarse para adquirir aquella reliquia.

Lo que todos ignoraban es que el abuelo había ido transfiriendo de forma lenta y con toda legalidad todas sus inversiones a Marcos aprovechando los entramados financieros que sus abogados sabían montar, por tanto, su sobrino-nieto era un millonario que nadie sabe que lo es, ya que no llevaba una vida ostentosa, y podía pagar veinte veces aquella hipoteca.

FIN...